

os robe y por eso os digo la hora ; en cuanto al precio son cinco francos cada sesenta minutos por todo el tiempo que queráis conservarle.

— ¡ Cómo ! gritó Mr. Gerard que no podía desprenderse totalmente de sus antiguas ideas económicas, ¿ no pagáis ?

— Bueno, dijo Gibassier, si pagase, ¿ cuál sería la mala pasada ?

Y haciéndole un saludo grotescamente respetuoso, le dijo :

— Hasta la vista, honrado Mr. Gerard : y desapareció.

Mr. Gerard quedó estupefacto.

— ¿ Adónde os llevo, buen señor ? dijo el cochero : ya sabéis que me ocuparon á las cuatro y que está ajustado á cinco francos por hora, comprendiendo la vuelta aunque sea de vacío.

Mr. Gerard quiso enfadarse contra el cochero ; pero nada consistía en aquel pobre hombre ; le habían llamado en una calle, le habían ajustado y había obrado de buena fe.

Gibassier era, pues, el único con el cual podía incomodarse Mr. Gerard.

— Á Vanves, dijo ; pero cinco francos por hora no es nada barato, buen amigo.

— Si queréis pagarme aquí, respondió el cochero, no me pesará nada, sobre todo con la noche que se prepara.

Mr. Gerard sacó las narices por la ventanilla y miró al cielo.

En efecto, se estaba formando una tempestad del lado de Vaugirard, y ya se dejaban oír algunos sordos murmullos en el lejano horizonte.

— No, dijo Mr. Gerard ; conservo el caruaje ; á Vanves, amigo mío, y lo más pronto posible.

— ¡ Oh ! se irá como se pueda, caballero, respondió el

auriga ; los pobres animales no tienen más que cuatro pies ; y no pueden hacer más que lo que es posible con cuatro pies.

Y volviéndose á cotocar en su asiento, hizo girar á su tronco y emprendió gruñendo por el camino de Vanves.

CAPÍTULO XII.

LO QUE MR. GERARD ENCONTRÓ, Ó MEJOR DICHO, LO QUE DEJÓ DE ENCONTRAR CUANDO LLEGÓ Á VANVES.

Una vez sólo y condenado al paso melancólico de los dos rocines, Mr. Gerard se lanzó á un mar de conjeturas.

Su primer pensamiento había sido el de llegar hasta la casa de Mr. Jackal y pedirle satisfacción de la burla que le acababan de hacer.

Pero Mr. Jackal usaba al hablar con Mr. Gerard un tono ambiguo y maligno que desazonaba tanto á éste, que los instantes que pasaba con el jefe de la policía de seguridad eran ordinariamente los más desgraciados de su vida.

Por otra parte, ¿ qué facha hubiera sido la suya al dar semejante queja ? La de un estudiante que acusa ante el maestro á su compañero.

Porque por mucho que rechazara Mr. Gerard el título de compañero aplicado á Gibassier, no podía menos de confesar que aquel título, semejante á la roca de Sísifo, cuanto más alejado se hallaba por sus esfuerzos tanto más caía sobre él.

No tardó, pues, en tomar la resolución de volver á Vanves. Cabalmente había visto á Mr. Jackal la víspera y siem-

pre llegaría demasiado pronto el momento de volverle á ver, en cuya casa, como Gibassier acababa de recordárselo, tenía Mr. Gerard que presentarse dos veces por semana.

Una inquietud vaga le decía además que en Vanves era donde se hallaba amenazado.

Por especiosas que fueran las razones alegadas por Gibassier, Mr. Gerard no podía admitir que Gibassier se creyera nunca bastante amigo suyo para herirse tan profundamente por un olvido tan natural.

Había, pues, en el fondo de aquella explicación alguna cosa que permanecía rodeada del más profundo misterio.

Y en la situación en que se hallaba Mr. Gerard la víspera del día en que un hombre iba á pagar con su cabeza el crimen que había cometido, él, Gerard; en tal situación todo lo obscuro es peligroso.

Así es que temía y deseaba á un mismo tiempo llegar á Vanves.

Pero los caballos que habían andado el camino de Vanves á la puerta d'Enfer en cinco cuartos de hora, sacaron un pretexto de su cansancio y emplearon hora y media para volver de la puerta d'Enfer á Vanves.

En vano amenazaba la tempestad cada vez desde más cerca; en vano llegaba hasta los oídos de Mr. Gerard el mugido del trueno sin embargo del ruido del coche; en vano se iluminaban repentinamente los paisajes cercanos cuyas tinieblas cortaba la lúgubre y pálida llama de los relámpagos; no por eso dió el cochero un solo latigazo más, ni dieron por eso los caballos un solo paso más rápido.

En el momento en que daban las diez, bajó Mr. Gerard delante de su casa y ajustó cuentas con el cochero.

Mr. Gerard esperó con paciencia á que el cochero hiciese

minuciosamente sus cálculos y echara otra vez á andar camino de París.

Sólo entonces se volvió hacia su casa. Su casa estaba sumergida en la más profunda obscuridad.

Ni una persiana estaba cerrada, pero no por eso se veía una sola luz detrás de las ventanas.

No era extraño, ya era tarde, los convidados se habrían retirado y los criados estarían probablemente en la cocina.

La cocina caía sobre el jardín.

Mr. Gerard subió las escaleras que conducían desde la calle hasta la puerta de entrada.

Á medida que subía creía distinguir en la obscuridad la puerta medio abierta.

Era una gran imprudencia de parte de los criados dejar la puerta entreabierta en una noche en que el cielo se preparaba á librar tan violento combate con la tierra; era una imprudencia mayor tener abiertas todas las ventanas.

Mr. Gerard subía pensando en expulsar á algunos.

Entró, cerró la puerta y se encontró en tinieblas aun más completas.

Se acercó á tientas hasta la puertecilla del portero.

La puertecilla estaba abierta.

Mr. Gerard llamó al portero.

Nadie le contestó.

Mr. Gerard dió algunos pasos; tropezó con el pie en la primera escalera, y levantando la cabeza llamó á su ayuda de cámara.

Tampoco recibió respuesta.

— Toda esa tropa está comiendo en la cocina, se dijo á sí mismo y en voz alta Mr. Gerard, como si diciéndolo en voz alta se aumentarían las probabilidades de que fuese cierto.

En aquel momento sonó un trueno seco y violento; un relámpago brilló poco después, y Mr. Gerard vió que la puerta de la antesala, que daba sobre la gradería del jardín, estaba abierta de par en par como la de la calle.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ; qué significa esto ? se preguntó : parece que estoy en una casa abandonada.

Llegó á tientas hasta la entrada del vestíbulo, porque sólo se veía en el corto tiempo en que lucían los relámpagos, y descubrió desde allí una luz que brillaba en la cocina.

— ¡ Ah ! exclamó, bien me lo había figurado, esos galopines están ahí.

Y avanzó refunfuñando hasta la cocina.

Pero en el umbral de la puerta se detuvo ; la mesa estaba puesta como para que comiesen los criados ; pero los criados habían desaparecido.

— ¡ Ah ! exclamó Mr. Gerard, alguna cosa rara sucede aquí.

Cogió la luz, volvió á entrar por el pasillo en el comedor. El comedor estaba vacío.

Recorrió todo el piso bajo.

Todo el piso bajo estaba desierto.

Del piso bajo pasó al principal.

El principal estaba desierto como el bajo. Subió al segundo piso.

Estaba desierto como el principal.

Llamó de nuevo distintas veces ; sólo le contestó un silencio sepulcral interrumpido por los truenos de vez en cuando.

Al pasar delante de un espejo, Mr. Gerard retrocedió espantado ; había tenido miedo de sí mismo, tal era su palidez.

Bajó lentamente, y apoyándose en la barandilla, las es-

caleras de los dos pisos ; sus piernas se doblaban desfallecidas á cada escalón. Por fin se encontró en el vestíbulo y avanzó sobre la gradería, levantando la luz para descubrir la pradera.

Pero en el momento en que levantaba la luz llegó una ráfaga de tempestuoso viento y la apagó.

Mr. Gerard se halló otra vez en la más profunda obscuridad.

Un terror que no podía explicarse á sí propio, pero invencible como si hubiera tenido una causa lógica, se apoderó nuevamente de Mr. Gerard.

Abrigió por un momento la idea de subir á su habitación y encerrarse y fortificarse ; mas de repente dió un grito de espanto y se paró como si sus pies hubieran echado raíces en la meseta de la gradería.

El cielo acababa de abrirse para dar paso á un relámpago, y á la luz de aquel relámpago, Mr. Gerard había visto la mesa tirada y el mantel flotando como un sudario.

¿ Quién había podido tirar la mesa sobre la hierba ?

Quizás había visto mal Mr. Gerard ; ¡ el relámpago es una cosa tan rápida !

Bajó lentamente escalón por escalón, limpiándose la frente, y se dirigió hacia la mesa que apenas se distinguía como una masa informe en medio de la obscuridad.

En el momento en que extendía la mano para sustituir el sentido del tacto al de la vista, le pareció que la tierra iba á faltar á sus pies.

Dió repentinamente un salto hacia atrás. Y en aquel instante se iluminó el cielo, dejando ver á Mr. Gerard un agujero que tenía la forma de una sepultura.

Salió de su pecho una cosa semejante á un grito ; pero no era un grito humano.

Era un espantoso rugido de espanto.

— ¡ No ! ¡ no ! murmuró Mr. Gerard ; es imposible.

Y luego, como quiera que tardase el relámpago, única luz que entonces podía alumbrarle, Mr. Gerard se puso de rodillas.

Parecióle que sus rodillas se asentaban en tierra acabada de menear.

Extendió la mano.

Su vista no le había engañado ; cerca de aquella tierra removida había un agujero recientemente hecho.

Extendió el brazo en toda su longitud, pero sin poder tocar al fondo.

— ¡ Y han llevado el cadáver ! gritó.

Después se puso la mano á sí mismo sobre la boca como para evitar sus propias palabras.

Y su voz así comprimida dejó oír al través de sus dedos un lúgubre sollozo.

Volvióse á enderezar sobre sus pies, exclamando :

— ¿ Qué haré, Dios mío, qué haré ?

Nó podía dejar de hablar alto.

Escapar, escapar, escapar, balbuceó.

Y luego, bañado en sudor, oprimido su pecho, loco todo él, echó á correr de frente sin saber adónde iba.

Á los diez pasos tropezó con un objeto que no podía distinguir en la obscuridad, y cinco pasos más allá cayó él mismo rodando.

Dejóse oír una cosa semejante al gruñido de un perro soñoliento.

Mr. Gerard, que se había levantado ya y que iba á continuar huyendo, se paró de repente.

Aquel gruñido era el suspiro de un hombre.

Habla pues un hombre allí. ¿ Quién era ? ¿ Qué hacía allí ?

Un hombre que estaba allí, era de fijo un enemigo.

El primer movimiento de Mr. Gerard tuvo por objeto deshacerse de aquel hombre.

Buscó en sus bolsillos una arma cualquiera. No la llevaba.

Pero estaba muy cerca la barraca de las herramientas del jardinero.

Mr. Gerard se puso allí de un salto, se apoderó de una azada y volvió á dominar á aquel hombre, terrible como Caín cuando se disponía á matar á Abel.

Un relámpago le abrió camino, y con la cabeza enteramente perdida levantó su azadón.

— Eso es, mi querido Mr. Gerard, espantad á estas picaras moscas, espantadlas, dijo una voz vinosa.

Mr. Gerard se detuvo.

Aquella voz anunciaba una embriaguez completa.

— ¡ Oh ! exclamó Mr. Gerard, ¿ es un hombre que está horriblemente borracho !

Y dejó caer el azadón.

— Imaginaos esos picaros turcos, dijo el hombre levantándose sobre una rodilla y colgándose del frac de Mr. Gerard aun estremecido de pies á cabeza, figuraos que por un mal galopinzuolo de diez años que yo maté, y aun no estoy muy seguro de haberlo hecho, imaginaos que esos turcos me han enterrado vivo, que me han untado antes con miel y me dejan ahora devorar por sus picaras moscas. Por ventura habéis llegado vos, mi buen Mr. Gerard, continuó el borracho, que mezclaba la verdad con las fábulas de la embriaguez ; por ventura habéis llegado vos con vuestro azadón y me habéis sacado de donde estaba. Héteme aquí por fin, voto á cribas. Al fin estoy fuera ; ¡ no me ha costado poco ! Oh, mi buen Mr. Gerard,

rado Mr. Gerard, aunque viviera yo cien años no olvidaría yo esto.

En medio de las incesantes vacilaciones de este lenguaje de embriaguez, reconoció Mr. Gerard á uno de sus convidados.

Era el agricultor.

¿Qué sabía? ¿Qué habría visto? ¿De qué se podría acordar?

La vida del miserable estaba entera en aquellos recuerdos.

— Entendámonos, preguntó el agricultor, ¿dónde demonios están los otros?

— Eso os pregunto yo.

— No por cierto, dispensad; yo soy el que os lo pregunta á vos. ¿Dónde están?

— Vos debéis saberlo. Veamos, procurad reunir vuestros recuerdos; ¿qué habéis hecho desde que marché?

Ya os lo he dicho, honrado Mr. Gerard, he sido comido por las moscas.

— ¿Y antes de que os comieran las moscas, no recordáis nada?

— Parece que había matado á un niño.

Mr. Gerard vaciló y sintió que desfallecía.

— Veamos, dijo el borracho, ¿sois vos ó yo el que no puede tenerse sobre sus pies?

— Sois vos, dijo Mr. Gerard; pero tranquilizaos, voy á daros mi brazo para salir en cuanto me hayáis contado lo que pasó después de mi salida.

— ¡Ah! sí, es verdad, dijo el agricultor, ya me acuerdo; esperad, pues: vinieron á buscaros de parte de Mr. Jackal para ir á ver cortar la cabeza de ese infame de Sarranti.

— Si, dijo Mr. Gerard haciendo un esfuerzo supremo para

sacar algo de aquel ser embrutecido; pero, ¿y después de mi marcha?

— Después de vuestra marcha... Esperad, esperad.

— ¡Ah! sí, llegó ese hombre que vos enviasteis.

— ¿Yo? dijo Mr. Gerard colgándose de aquel hilo, ¿yo he mandado un hombre?

— Si, un guapo mozo de cabellos negros, con corbata blanca y frac negro, vestido como un notario y creo que mejor vestido aún.

— ¿Y venía solo?

— Yo no he dicho eso. ¿Que he de haber dicho yo que viniera solo? traía un perro; aquel si que es perro templado y endemoniado; precisamente en aquel momento me escapé yo; pero la tierra temblaba bajo mis pies, tanto la arañaba aquel condenado perro.

— ¿Y adónde arañaba? preguntó Mr. Gerard.

— Debajo de la mesa, gruñó el agricultor; entonces, como temblaba la tierra yo me caí... y entonces me empezaron á comer las moscas.

— ¿Y no os acordáis de ninguna otra cosa? preguntó ociosamente Mr. Gerard.

— De ninguna otra cosa. Pero me chocáis bastante vos con vuestras cosas. ¿Creéis que cuando á uno le comen las moscas puede acordarse de ninguna otra cosa? ¡Á fe que sois original!

— Vamos, vamos, dijo Mr. Gerard, casi suplicando; procurad acordaros, mi buen amigo.

El borracho se puso á rebuscar contando siempre por los dedos.

— No, le dijo, bien he dicho: Mr. Sarranti, Mr. Jackal, el joven de corbata blanca y el perro Brasil.

— Brasil, Brasil, exclamó Mr. Gerard saltando al

cuello del agricultor. ¿ Decís que el perro se llamaba Brasil ?

— ¡ Diablo ! prestad atención á lo que hacéis, que me ahogáis... ¡ Socorro !

— Por favor, desgraciado, no gritéis, dijo Mr. Gerard cayendo de rodillas, no gritéis.

— Dejadme entonces, que me voy.

— Sí, sí, idos, voy á acompañaros hasta la puerta.

— Así me gusta, dijo el embriagado agricultor. ¿ Pero... qué es eso ? ¿ estáis borracho ?

— ¿ Por qué ? preguntó Mr. Gerard.

— No podéis teneros sobre las piernas.

Era verdad ; en vez de sostener al agricultor tenía el necesidad de que le sostuvieran.

Después de espantosos esfuerzos y horribles angustias, Mr. Gerard llegó á arrastrar al agricultor al otro lado de la calle, y no se tranquilizó hasta que le vió desaparecer, oscilando á cada paso, pero sosteniéndose, sin embargo, y exclamando á cada oscilación :

— ¡ Malditas moscas !

Luego, cuando desapareció el borracho entre la obscuridad y se ahogó su voz en la distancia, Mr. Gerard volvió á su casa como la primera vez ; cerró la puerta detrás de sí y algo más aguerrido por las emociones sucesivas y crecientes que experimentara desde su primer descubrimiento, marchó hacia la excavación, y sacando un resto de valor, bajó al agujero y tentó por todas partes.

Aquel agujero estaba vacío.

Un relámpago que lució acompañado de un terrible trueno y de anchas gotas de lluvia, le demostró también que aquel agujero estaba vacío.

Mr. Gerard no reparó en el relámpago, no sintió la llo-

via, no oyó el trueno, no vió más que la excavación, cuya boca había soltado su presa.

Se sentó sobre la orilla con las piernas colgando dentro del hoyo como el sepulturero de *Hamlet*.

Cruzó los brazos, bajó la cabeza y trató de apreciar su situación.

Era indudable que durante aquella ausencia de dos horas que había tenido por pretexto una broma, acababan de evaporarse todas sus esperanzas de reposo y de tranquilidad, de todos los tormentos que había sufrido ; para ocultar su crimen no le quedaba más que el recuerdo, sino el remordimiento de haber sido asesino, y el temor de subir al patíbulo. ¿ Y en qué momento estallaba aquella catástrofe ? Cuando creía que había llegado á la cumbre de los honores y al apogeo deseado por su ambición. Por la mañana se veía con el pensamiento sentado en un escaño de la cámara de diputados ; por la noche con los pies colgando en aquella sepultura, se veía sentado en el banco de los reos delante del tribunal, tocando á un gendarme con cada codo, y bajando la cabeza para escapar á las miradas de la turba que á todo trance quisiera mirar á Mr. Gerard *el honrado*.

Después veía á lo lejos en una plaza, dominada por un edificio de torres agudas y levantándose en medio de la apiñada multitud, los dos brazos encarnados y asquerosos de la terrible máquina que persigue á los asesinos hasta en sus sueños.

Por ventura era un hombre bien templado el tal filántropo de Vanves, como pudimos juzgar hace un momento al verle levantar su azadón sobre la cabeza del agricultor. No hubiera vacilado en cometer un segundo asesinato para salir impune del primero ; pero no todos los días se nos

arreglan las cosas de tal modo, que con asesinar salgamos de apuros.

Y por más que buscó, tuvo que resignarse á salir de aquella situación, adoptando un medio que no fuera un crimen.

Tenia dos medios á su elección. El uno era huir; huir muy aprisa, sin despedirse de nadie, como habían huido los convidados; como habían huido los criados; no pararse sino después de andar veinte leguas; cuando se reventara el caballo, coger otro, cambiarlo en cada relevo de postas, pasar el estrecho, atravesar el mar; no detenerse hasta América.

Pero... ¿cómo hacer aquello sin pasaporte?

En el primer relevo negaría el caballo el maestro de postas y mandaría á buscar á la guardia civil.

El segundo medio era más prudente.

Era el de ir á avistarse con Mr. Jackal, contarle el asunto, pedirle su opinión y sus consejos.

Daban entonces las once. Con un caballo ligero (Mr. Gerard tenía dos caballos ligerísimos), con un caballo corredor se podía estar á las once y media en el patio de la Prefectura.

Indudablemente era aquel el mejor medio.

Mr. Gerard se levantó, corrió á la cuadra, ensilló por sí mismo el mejor de sus caballos; cerró la puerta con cuidado; saltó con la agilidad de un joven, metió las espuelas en el vientre del animal, y marchando sin sombrero y sin inquietarse del viento ni de la lluvia que azotaban su rostro, tomó á todo correr el camino de París.

Dejemos al asesino galopando con todas las fuerzas de su caballo, y sigamos á Salvador que lleva en triunfo los huesos de la víctima.

CAPÍTULO XIII.

EN QUE M^r. JACKAL BUSCA UN DESENLACE PARA LA DRAMÁTICA VIDA DE M^r. GERARD.

Salvador, con sus tristes reliquias llegó á casa de Mr. Jackal, precisamente en el momento en que Mr. Gerard comenzaba su anhelante galope.

Ya sabemos que para Mr. Jackal no había día, ni noche. ¿Á qué horas dormía aquel hombre? Eso es lo que nadie sabía; dormía sin duda como comen las gentes muy apresuradas, sobre el dedo pulgar.

Había dado una orden definitiva para que introdujeran á Salvador, siempre que éste se presentara.

Mr. Jackal escuchaba un parte, que sin duda juzgaba de algún interés, porque suplicó á Salvador que le concediese cinco minutos.

Al cabo de los cinco minutos entraba Salvador por una puerta mientras salía por otra el agente de policía.

Salvador colocó en un rincón el mantel anudado por sus cuatro puntas, que contenía los restos del niño; Rolando se acostó cerca de ellos exhalando un lastimero quejido.

Mr. Jackal le miró mientras tal hacía levantando sus anteojos, pero sin preguntarle nada.

Acercóse Salvador.

El gabinete estaba alumbrado por una lámpara con pantalla verde; aquella lámpara formaba un círculo de luz que no se extendía más allá del bufete de Mr. Jackal.

Resultó de esto, que cuando aquellos dos hombres se

sentaron el uno al lado del otro, sus rodillas quedaron perfectamente iluminadas, pero sus dos cabezas continuaron en obscuridad completa.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo empezando Mr. Jackal ; sois vos mi querido Mr. Salvador ; no sabía que estuvierais en París.

— No he vuelto en efecto hasta hace pocos días, respondió Salvador.

— ¿ Y á qué nueva circunstancia debo la satisfacción de veros?... porque sois tan ingrato que sólo os dejáis ver cuando no podéis menos.

Salvador se sonrió.

— No siempre es uno dueño de satisfacer sus simpatías, dijo ; por otra parte corro mucho por ahí.

— ¿ Y de dónde venis ahora, señor correntón ?

— Vengo de Vanves.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! ¿ Cortejáis acaso á la querida de Mr. de Marande, como vuestro amigo Juan Robert corteja á su mujer ? Pobre hombre si esto es así.

Y Mr. Jackal sumergió en sus fosas nasales una enorme cantidad de tabaco.

— No, dijo Salvador, no ; vengo de casa de uno de vuestros amigos.

— ¿ De casa de uno de mis amigos ? dijo Mr. Jackal fingiendo buscar.

— Ó de casa de un conocido vuestro ; yo también prefiero que sea así.

— Bueno ; pues ahora me vais á colocar en situación difícil : tengo pocos amigos y me hubiera sido fácil adivinar ; pero cuento con un inmenso número de... conocidos.

— ¡ Ah ! no os dejaré yo perder mucho tiempo buscando, dijo el joven con acento de gravedad ; vengo de casa de Mr. Gerard.

— ¡ Mr. Gerard ! exclamó el jefe de policia abriendo nuevamente su caja de polvo y metiendo hasta el fondo sus dos dedos ; Mr. Gerard. ¡ Y quién es ése ! Creo que os engañáis, Mr. Salvador ; no conozco yo ningún Gerard.

— ¡ Oh ! ¡ sí tal ! y una sola palabra ó por mejor decir una sola idea va á ponerlos sobre su huella ; es el hombre que cometió el crimen por el cual vais á hacer ejecutar mañana á Mr. Sarranti.

— ¡ Qué ! ¡ qué ! exclamó Mr. Jackal absorbiendo ruidosamente un polvo que estaba ya tomando ; ¿ estáis seguro de lo que decís ? ¿ creéis que yo conozco á ese hombre, á un asesino ?

— Mr. Jackal, dijo Salvador, no tenemos tiempo que perder ni uno ni otro ; nuestro tiempo es precioso aunque lo gastemos de muy distinto modo y lo empleemos en dirigirnos hacia fines opuestos ; utilicémoslo pues. Escuchadme sin interrumpirme ; por otra parte, hace ya bastante tiempo que nos conocemos para que vengamos á luchar ahora para saber cuál es el más redomado. Si vos sois una potencia, yo soy otra, según sabéis. No quiero recordaros que os he salvado la vida ; quiero deciros tan sólo que el que me toque no me sobrevivirá veinticuatro horas.

— Lo sé, dijo Mr. Jackal ; pero creed también que yo me ocupo siempre antes de mí deber que de mi vida, y que no es con amenazas con lo que...

— No os amenazo, y la prueba de ello es que en lugar de tomar la forma afirmativa, voy á tomar la interrogativa.

— ¿ Creéis que el que ponga la mano sobre mí, me sobrevivirá veinticuatro horas ?

— No lo creo, dijo tranquilamente Mr. Jackal.

— Pues no quería decir otra cosa : ahora vamos al grano ; mañana ejecutan á Mr. Sarranti.

— Se me había olvidado.

— Pues tenéis poca memoria, porque hoy precisamente, á las cinco de la tarde, habéis hecho prevenir al ejecutor de la justicia que esté dispuesto para mañana.

— Pero ¿ por qué os preocupa tanto ese Mr. Sarranti ?

— Es el padre de mi mejor amigo, del abate Domingo.

— Sí, es verdad, ya lo sé ; el pobre joven había obtenido un plazo de la bondad regia ; tres meses más, porque sin eso hace ya seis semanas que su padre estaría muerto. Fué á Roma para no sé qué, pero sin duda no ha logrado lo que quería, ó se ha muerto en el camino porque no le he vuelto á ver. ¡ Buena desgracia es !

— No tanta como creéis, Mr. Jackal, porque mientras iba á Roma sin duda para obtener gracia, me dejaba á mi aquí para hacer justicia. Me he puesto, pues, á la obra, y con ayuda de Dios, que no abandona á los buenos corazones, he obtenido lo que esperaba.

— ¿ Lo habéis obtenido ?

— Sí, pese á vos ; es la segunda vez, Mr. Jackal.

— ¿ Pues cuál era la primera ?

— Veo que habéis olvidado á Mina y á Justino, la joven robada por mi primo Loredán de Valgeneuse. Creo no deciros nada de nuevo al manifestaros que soy Conrado. ¿ verdad ?

— Debo confesaros que lo presumía.

— Sí desde que os lo anuncié en vuestro carruaje volviendo de Meudón, el día ó mejor dicho la noche en que llegamos demasiado tarde para salvar á Colombán, pero aun á tiempo de salvar á Carmelita ; ¿ no es verdad ?

— Sí, dijo Mr. Jackal, me acuerdo, y decis que...

— Digo que sabéis mejor que yo la historia que voy á referiros ; pero creo que importa el que sepáis también que

yo no lo ignoro completamente. Desaparecieron dos niños del castillo de Viry. Se acusó á Mr. Sarranti de haberles hecho desaparecer. ¡ Error ! Uno, el niño Victor, fué asesinado por Mr. Gerard, y enterrado en el parque al pie de una encina ; la otra, la niña Leona, dió tales gritos en el momento en que iba á ser degollada por la concubina Úrsula, que se presentó un perro á socorrerla, y ahogó á la que quería degollarla. La niña se escapó asustada, y en el camino real de Fontainebleau encontró una gitana que la recogió. Ya la conocéis ; se llama la Brocante, y vive en la calle de Ulm, número 4 ; habéis estado en su casa con maese Gibassier la víspera del día en que Rosa de Noel desapareció ; ahora bien, Rosa de Noel no era más ni menos que la niña Leona. No me he inquietado por su desaparición porque sabía que estaba en poder vuestro ; por consiguiente, no os la cito más que como recuerdo.

Mr. Jackal dejó escapar una especie de gruñido, que no dejaba de tener cierta analogía con el del animal á cuyo nombre se parecía tanto el suyo.

— En cuanto al niño enterrado al pie de un árbol, excuso de deciros cómo le encontré, buscando otra cosa, con el auxilio de Brasil, hoy Rolando : ya sabéis el sitio ; yo mismo os conduje á él, sólo que ya no estaba el cadáver.

— ¿ Creéis que fui yo quien lo robó ? dijo Mr. Jackal absorbiendo otro polvo enorme.

— No vos ; pero sí Mr. Gerard, á quien avisasteis.

— Honrado Mr. Gerard, exclamó Mr. Jackal, ¿ cómo te indignarías si oyeras lo que dicen de ti !

— Os engañáis, no se indignaría, temblaría tan solo.

— Pero en fin, ¿ qué es lo que os hizo suponer que Mr. Gerard había quitado el cadáver ?

— No supuse ; tuve seguridad, y la tuve desde el pri-

mer golpe. Pensé al momento que sólo en su casa de campo de Vanves habria creído seguro aquel pobre esqueleto ese Mr. Gérard ; y una noche parecida á la de hoy, durante la cual no se veía el cielo ni la tierra, ayudé á Rolando á saltar por encima de las tapias del jardín de la casa de Mr. Gerard : salté después que él y le dije : busca, fiel perro, busca. Rolando buscó y (sin que trate por esto de aplicar á un cuadrúpedo las palabras del Evangelio), Rolando halló. Al cabo de diez minutos arañaba la hierba con tal furia, que tuve que arrancarle de allí por el collar para que yo viera sus huellas al día siguiente. Quedé convencido de que allí estaba el cadáver. Salimos como entramos : tal es toda la historia. Ya adivináis lo que falta, ¿ no es verdad, Mr. Jackal ? Indudablemente no ha sido Mr. Sarranti, que está preso hace seis meses, quien desenterró hace tres el cadáver de su primera sepultura al pie de una encina de Viry, para llevarle al centro del prado de Vanves, y si no ha sido Mr. Sarranti ha sido Mr. Gerard.

— ¡ Hum ! exclamó Mr. Jackal sin responder otra cosa que aquella exclamación ; pero..... no..... nada.

— ¡ Oh ! continuad, continuad ; ¿ ibais á preguntarme por qué no he obrado antes si estaba persuadido de la presencia de ese cadáver en casa de Mr. Gerard ?

— Á fe mía, confieso que os iba á hacer esa pregunta por pura curiosidad, pues lo que me estáis contando se parece mucho más á una novela que á una historia ?

— Y sin embargo, es una historia, Mr. Jackal, y de las más auténticas. Deseáis saber por qué no obré más pronto, y voy á deciroslo. Yo soy un tonto, Mr. Jackal ; yo siempre creo al hombre mejor de lo que es. Yo me figuraba que Mr. Gerard no dejaría perecer á un inocente en su lugar, que saldría de Francia y que desde Alemania, desde In-

laterra ó desde América lo revelaría todo. Nada de eso ha sucedido. ; Ese canalla indecente no ha salido de su casa !

— ¡ Pchs ! dijo para sí Mr. Jackal ; acaso no consista en él precisamente ; no hay que vituperarle por eso demasiado.

— Por lo cual, continuó Salvador, me dije á mi mismo : ya es tiempo de obrar.

— Y vinisteis á buscarme para que juntos procediéramos á la exhumación del cadáver, ¿ verdad ?

— No por cierto ; me guardé yo muy bien de hacer eso. Como decimos nosotros los cazadores, no se coge dos veces á una liebre en una misma carrera. No ; esta vez he cumplido yo mismo con mi propósito.

— ¿ Cómo vos mismo ?

— Sí ; voy á deciroslo en dos palabras. Sabia que esta noche se celebraba en casa de Mr. Gerard una gran comida electoral. Me arreglé de modo que pude alejar á Mr. Gerard de sus convidados durante una ó dos horas. Entonces entré en su casa y me senté en su sitio en la mesa, mientras Brasil empezaba á arañar debajo de ella ; però Brasil siguió escarbando de tal manera, que al cabo de diez minutos no tuve más que tirar la mesa y descubrir á los convidados la tarea de mi perro. Eran diez los asistentes ; el undécimo se habia alejado á dormir su borra- chera no sé dónde ; pero aquellos diez me firmaron un proceso verbal extendido en toda regla y con valor legal, puesto que hay entre los firmantes un médico, un notario y un ujier. Tomadlo, aquí está ; y en cuanto al esqueleto, dijo Salvador levantándose y trayendo al bufete la servilleta anudada y abriéndola sobre la mesa de Mr. Jackal, en cuanto al esqueleto, héle aquí.

Por acostumbrado que estuviera Mr. Jackal á las peripe-

cias de los dramas que diariamente se desarrollaban ante sus ojos, no podía esperar el desenlace de aquel y rechazó hacia atrás su butaca, palideciendo repentinamente y sin tratar de disimular su emoción.

— Ahora, dijo Salvador, escuchadme bien: os juro ante Dios que si Mr. Sarranti es ejecutado mañana, vos solo, vos Mr. Jackal seréis el que yo haga responsable de su muerte. Hablo bien claramente, ¿verdad? ¿No acusaréis de ambiguas mis palabras? Tenéis, pues, los cuerpos del delito y los comprobantes, añadió enseñando los huesos. Os los dejo; á mi me basta el proceso verbal que está firmado por tres funcionarios públicos; un médico, un ujier y un notario. Voy, pues, ahora mismo á presentar mi queja al fiscal de S. M.; si es necesario iré al ministro; si necesito más iré hasta el rey.

Y Salvador, después de saludar con sequedad al jefe de la policía, salió de aquel gabinete seguido de Brasil y dejando á Mr. Jackal completamente pasmado de lo que acababa de saber y altamente preocupado con la amenaza que le habían hecho.

Mr. Jackal conocía á Salvador desde largo tiempo; recordaba que era hombre de resolución, y estaba bien convencido de que jamás prometía cosa que no pudiera cumplir.

Así, pues, en cuanto quedó la puerta cerrada tras de Salvador, el jefe de la policía se preguntó á si mismo muy seriamente qué era lo mejor que podía hacer.

Había un medio muy fácil de conciliarlo todo; era dejar á Mr. Gerard que saliera de apuros como pudiera: pero aquello hubiera sido rasgar con sus propias manos una trama urdida por él con mayor laboriosidad; hubiera sido convertir á un bonapartista en un héroe, más que en un héroe, en un mártir; era convertir en un asesino miserable,

y precisamente la vispera de las elecciones, á un candidato protegido hasta cierto punto por el gobierno. Todo esto aparte de que Mr. Jackal no dejaría de confesarlo todo tan luego como se viera cogido, acusado de culpabilidad; decididamente aquel medio sencillísimo era un medio muy malo.

Había otro y en ése se fijó Mr. Jackal.

Se levantó precipitadamente, fué derecho hacia la ventana y tiró de un botón oculto en el marco.

En el mismo momento sonaron diez ó doce campanillas desde la parte del edificio que habitaba Mr. Jackal hasta la puerta de la Prefectura.

— De esta manera, murmuró volviendo á sentarse, tendré siquiera tiempo de ir á tomar órdenes del ministro de justicia.

Y al terminar aquella frase pronunciada á media voz, anunció un ujier á Mr. Gerard.

CAPÍTULO XIV.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR.

Mr. Gerard entró en el gabinete, pálido, livido, verde, temblando y saludando á la vez.

— ¡ Ah ! ; Mr. Jackal ! exclamó, ¡ ah, Mr. Jackal !

Y cayó en una butaca.

— Está bien, esta bien, dijo Mr. Jackal, reponeos, honrado Mr. Gerard; tenemos tiempo de pensar en vuestra posición.

Después dijo al ujier á media voz :

— Bajad pronto. Habéis visto salir á un joven con un perro, ¿ verdad ?...

— Sí, señor.

— Pues bien, hay que detener al hombre y al perro porque tan peligroso es uno como otro ; pero me responden los que les detengan con su propia cabeza, de que ni al hombre ni al perro se le hará daño alguno ; ¿ ois ?

— Sí, señor.

— Entonces apresuraos ; ya no estoy para nadie. Que enganchen mi carruaje. Marchad.

El ujier desapareció como una visión.

Mr. Jackal se volvió entonces hacia Mr. Gerard.

Aquel miserable parecía hallarse próximo á desvanecerse.

No tenía fuerzas ni aun para hablar. Juntaba las manos, y miraba al cielo.

— Bueno, bueno, dijo con disgusto Mr. Jackal, ya se remediará ; tranquilizaos, y mientras tanto asomaos á la ventana y decidme lo que pasa en el patio.

— ¿ Cómo queréis que..... en el estado en que me hallo ?

— Honrado Mr. Gerard, dijo el jefe de la policía, venis á pedirme un favor, ¿ verdad ?

— ¡ Oh ! si, un gran favor, Mr. Jackal.

— Pues bien : entonces, reparad que la vida no es más que un cambio de servicios ; yo os necesito ; vos me necesitáis ; ayudémonos mutuamente.

— Eso es lo que quisiera.

— Pues si queréis eso, ponéos á la ventana.

— ¿ Yo ?

— Vos, ya lo entenderéis después ; ahora vamos á lo más apremiante. Si yo no despachara cada asunto en su

lugar, me vería ahogado por los negocios. Orden, honrado Mr. Gerard ; orden ante todo. Asomaos á la ventana por de pronto.

Mr. Gerard se dirigió á la ventana apoyándose en los muebles que halló al paso ; parecía tener las piernas cortadas ; no andaba ; se arrastraba.

— Ya estoy, murmuró.

— Entonces, abrid.

Mientras que Mr. Gerard abría la ventana, Mr. Jackal se sentaba cómodamente en su sillón y tomaba un polvo exhalando un suspiro de satisfacción.

En la lucha era donde aquel hombre se presentaba verdaderamente grande ; y aquella vez había encontrado en Salvador un atleta digno de él.

— ¡ Ah ! está abierta la ventana, dijo Mr. Gerard.

— Entonces, mirad lo que pasa en el patio é id diciendo.

— Un joven atraviesa el patio.

— Bien.

— Cuatro agentes se precipitan sobre él.

— Bien.

— Se traba una lucha.

— Bien ; mirad ahora con atención lo que va á pasar, honrado Mr. Gerard, porque ese joven lleva vuestra vida en sus manos.

Mr. Gerard se estremeció.

— ¡ Oh ! exclamó después, pero hay también un perro,

— Sí, sí, y un perro templado ; continuad.

— El perro le defiende.

— Me lo esperaba.

— Los agentes piden socorro.

— Pero no sueltan al joven, ¿ verdad ?

— No ; ya son ocho.

- Pues aun no es bastante, voto á cribas.
- El joven se bate como un león.
- ¡ Oh valiente Salvador !
- Ya tiene á uno bajo los pies ; á otro le deja sin aliento ; al tercero lo ahoga el perro.
- Diab!o, diab!o, empieza á echarse á perder. ¿ Y los soldados qué hacen ?
- Ya llegan.
- ¡ Ah !
- Le cercan, le imposibilitan de...
- ¿ Y el perro ?
- Le han metido la cabeza en un saco y le han atado el saco alrededor del cuello.
- Esos tunos son muy listos cuando se trata de salvar el pellejo.
- Se llevan al hombre
- ¿ Y el perro ?
- El perro sigue.
- ¿ Y después ?
- Perro y hombre desaparecen bajo unos arcos.
- Pues todo ha concluido ; volved á cerrar la puerta, honrado Mr. Gerard, y venid á sentaros en esa butaca.
- Mr. Gerard cerró la puerta y llegó á sentarse ó mejor dicho á dejarse caer en la butaca.
- Así, exclamó Mr. Jackal. Hablemos ahora de vuestros asuntos. ¿ Conque habéis dado una gran comida electoral, honrado Mr. Gerard ?
- He creído que en la posición en que estaba, y habiendo sido propuesto para la diputación...
- Sí, sí, se podía intentar esa corrupcioncilla culinaria. No os lo censuro yo, querido Mr. Gerard, eso se hace. Sólo que habéis cometido una falta.

- ¿ Cuál ?
- La de dejar á vuestros convidados á la mitad de la comida.
- Pero, Mr. Jackal, si me vinieron á decir que queriais hablarme inmediatamente.
- Debisteis dejar los asuntos para el día siguiente, y decir como Horacio : *Valeat res ludicra.*
- No me atreví, Mr. Jackal.
- De modo que durante vuestra ausencia, quedaron á la mesa los convidados.
- ¡ Ay ! ¡ así fué !
- Y no recordasteis que la mesa estaba colocada precisamente sobre el sitio á que habriais transportado el cadáver de aquel desgraciado niño.
- Però, Mr. Jackal, exclamó el asesino, ¿ cómo sabéis ya ?...
- ¿ Pues no es ese mi oficio, por ventura ?
- Entonces sabéis...
- Sé que al volver á vuestra casa habéis visto que los convidados habian desaparecido, que todo estaba desierto, la tabla tirada y la sepultura vacía.
- Mr. Jackal, exclamó el miserable, ¿ dónde pueden haber metido el esqueleto ?
- Mr. Jackal levantó la punta de la servilleta colocada sobre su bufete y dijo :
- Hélo aquí.
- Mr. Gerard exhaló un grito terrible, se levantó como un loco, y se precipitó hacia la puerta.
- ¿ Qué es eso ? ¿ Qué hacéis ? preguntó Mr. Jackal.
- No lo sé, me escapó.
- ¿ Y adónde ? En el estado en que os halláis, no daréis cuatro pasos sin que os prendan. ¡ Oh ! Mr. Gerard, cuando uno quiere ser ladrón, asesino y perjuro, hay que

tener una cabeza muy distinta á la que mostráis; empiezo á creer que habéis nacido para ser honrado. Vamos, venid y hablaremos tranquilamente como se debe hacer en graves situaciones.

Mr. Gerard volvió vacilando y se sentó en la butaca de que acababa de levantarse.

Mr. Jackal levantó sus anteojos, y miró al miserable con la misma expresión con que el gato mira al ratón que tiene entre las uñas.

Luego, al cabo de algunos instantes de examen, que hicieron correr el sudor sobre la calva frente del asesino, Mr. Jackal continuó:

— ¿Sabéis que seriais un hombre verdaderamente precioso para un melodrama turco como Mr. Guilbert de Pixerecourt ó un novelista como Mr. Ducray-Dumesnil? ¿Qué vida más abundante que la vuestra en accidentes dramáticos de toda especie! ¿Qué de escenas conmovedoras! ¿Qué de peripecias palpitantes contiene el drama desconocido de vuestra existencia! Y esto sin contar al perro... á ese demonio de perro... ¿dónde habéis conocido á ese perro? Indudablemente ese animal descende del perro de Montargis; y aun creo que el tal Brasil tiene personalmente algún resentimiento contra vos.

Mr. Gerard exhaló un gemido.

Mr. Jackal no demostró haberle oído y siguió diciendo:

— Os aseguro por mi honor que todo París quisiera oír y aplaudir un drama de tal interés. Es verdad que aun no ha parecido el desenlace; pero aquí estamos nosotros para hallar uno, ¿no es verdad, honrado Mr. Gerard? Acaba de caer el telón á la conclusión del acto cuarto; quedan en la escena una mesa caída; un sepulcro vacío; los convi-

dados y los criados huyen de aquella maldita casa... ¡cuadro dramático!

— ¡Mr. Jackal, dijo el asesino con suplicante voz, Mr. Jackal!

— Ya sé lo que vais á decirme, que os halláis en un gran conflicto, que no os basta vuestra imaginación, que no sabéis cómo salir del apuro: pues á vos os toca librar como podáis; cuando se trabaja de mancomún, cada uno hace su parte, ó uno de los individuos sale engañado; yo he cumplido con lo que me competía; he mandado prender al defensor de la inocencia y al virtuoso perro...

— ¿Cómo?

— Ese joven que tiraba y ahogaba á mis agentes y ese perro que quería matarles. ¿Pues por qué creiais que metían la cabeza de éste en un saco y las manos de aquél en las esposas?... ¡Era por vos, solo por vos, ingrato!

— Ese joven, ese perro...

— Ese joven, honrado Mr. Gerard, es Salvador, el mandadero de la calle de Fers, el íntimo amigo del abate Domingo, hijo de Mr. Sarranti; el perro es Brasil, el perro de vuestro pobre hermano, el amigo de vuestros infelices sobrinos; Brasil á quien creiais muerto y que dejasteis vivo como un torpe que es lo que sois para que os coma vivo la primera vez que os encuentre, de lo cual podéis estar seguro.

— ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! exclamó Mr. Gerard dejando caer la cabeza entre sus manos.

— Bien, dijo Mr. Jackal, ahora cometéis la imprudencia de invocar á Dios: pero desgraciado, si Dios dirigiera una mirada hacia vos y precisamente en el momento en que dispone de una tempestad como la que ahora suena, ¿dejaría de enviaros un rayo? Y á propósito, ¿sabéis que ese

sería un desenlace como otro cualquiera y hasta un desenlace moral? ¿qué decis!

— ¡ Mr. Jackal ! ¡ en nombre de lo poco que os quede de piedad en el alma, no juguéis así conmigo ! ¡ me estáis matando !

Y dejó caer sus brazos á lo largo de la butaca, echando hacia atrás la cabeza.

— Veamos, veamos, no os incomodéis así, dijo Mr. Jackal; no es este momento de palidecer ni de poner os malo, de inundar mi bufete de sudor: ¡ imaginación, Mr. Gerard, imaginación !

El asesino meneó la cabeza sin responder. Estaba abismado.

— Tened cuidado, dijo Mr. Jackal, que si me dejáis concluir solo el drama podría muy bien no concluirlo á gusto vuestro. Como autor moral y como jefe de policía lógica os diré mi parecer: encontraré medio de que se escapen el joven y el perro por medio de algún resorte dramático: los dejaré ir á casa del procurador del rey, del guarda-sellos, del canciller, del rey y donde quieran: haré conocer la inocencia del inocente, la culpabilidad del culpable, y en el momento en que el verdugo vista la ropa al condenado, haré que griten cien comparsas: — « Mr. Sarranti es libre; el culpable es Mr. Gerard; ahí está, ahí está. » Meto Mr. Gerard en el calabozo que deje desocupado Mr. Sarranti, y que saldrá en triunfo en medio de los bravos y aplausos de la multitud.

Mr. Gerard no pudo ahogar un gemido, al mismo tiempo que sintió escalofriado todo su cuerpo.

— ¡ Hola ! ¡ sois nervioso ! dijo Mr. Jackal; si yo tuviera solamente tres colaboradores como vos, no pasarían ocho días sin que tuviera el baile de San Victor. Veamos; ha-

blad vos ahora. ¡ Qué diablo ! este es mi proyecto para salir del paso: decidme ahora el vuestro, y si es mejor lo aceptaré.

— Pero aun no he visto mi desenlace yo, exclamó Mr. Gerard.

— No creo nada de eso; no habéis venido vos aquí sin tener ninguna intención.

— ¡ Oh ! no; había venido para pedir os un consejo.

— No me gusta eso.

— Después en el camino reflexioné.

— Veamos el resultado de vuestras reflexiones.

— Pues bien; comprendí que estabais tan interesado como yo en que no me sucediera nada malo.

— No tanto como creéis; pero no importa, seguid.

— Me convencí de que tenía doce horas á mi disposición.

— Mucho es, pero demos que sean doce horas.

— Que en doce horas se puede andar mucho.

— Se andan cuarenta leguas pagando tres francos por cada guía.

— Que en diez y ocho horas podía llegar á un puerto de mar, y en veinticuatro á Inglaterra.

— Sólo que para eso se necesitaba un pasaporte.

— Sin duda alguna.

— ¿ Y vinisteis á pedirmelo ?

— Justamente.

— Dejándome en completa libertad después de vuestra marcha para salvar ó dejar ejecutar á Mr. Sarranti.

— Yo no he pedido nunca su muerte...

— Es claro, no la pediais más que en cuanto pudiera ser necesaria para asegurar vuestra vida: lo comprendo.

— Y bien, ¿ qué decis de mi petición ?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES",

1916. 1625 MONTERREY, MEXICO

- ¿De vuestro desenlace?
- De mi desenlace, si os gusta más así...
- Digo que me parece vulgar, que la virtud no queda castigada, es verdad, pero que tampoco lo queda el vicio.
- Mr. Jackal.
- Pero, en fin, una vez que no hallamos otro mejor...
- ¡Aceptáis! exclamó Mr. Gerard, saltando de gozo.
- Ya lo creo, es indispensable.
- ¡Oh querido Mr. Jackal!

Y el asesino tendió ambas manos al hombre de policía; pero el hombre de policía retiró las suyas é hizo sonar un llamador.

Entró el ujier.

- Un pasaporte en blanco, pidió Mr. Jackal.
- Para el extranjero, añadió tímidamente Mr. Gerard.
- Para el extranjero, repitió Mr. Jackal.
- ¡Uf!... exclamó Mr. Gerard, arrellanándose en la butaca y limpiándose el sudor que le caía por la frente.

Hubo luego un silencio sepulcral, que duró algunos minutos. Mr. Gerard no se atrevía á mirar á Mr. Jackal; Mr. Jackal fijaba con obstinación en Mr. Gerard la mirada de sus ojillos grises, como si no quisiera perder ningún detalle de su agonía.

Volvióse á abrir la puerta, haciendo temblar á Mr. Gerard.

- Tened cuidado con el *tétanos*, dijo Mr. Jackal, porque decididamente será la enfermedad de que moriréis.
- He creído... dijo Mr. Gerard balbuceando.
- Si, habéis creído que era un gendarme; pues es vuestro pasaporte.
- Pero no está registrado.
- ¡Oh! sois el hombre de las precauciones, respondió

Mr. Jackal. No, no está registrado, es verdad; pero no necesita estarlo: es un pasaporte de agente especial, y á menos que os avergoncéis de viajar por cuenta del gobierno...

— ¡Oh! no, exclamó Mr. Gerard; será para mí mucha honra.

— En ese caso, hé aquí vuestro diploma.

— Gracias, gracias, Mr. Jackal, interrumpió el miserable cogiendo el pasaporte con temblorosa mano, sin permitir que el jefe de policía concluyera su lectura. Ahora, ¡á la gracia de Dios! Y se lanzó fuera del gabinete.

— ¡Á la gracia del diablo! exclamó Mr. Jackal, porque si Dios se mezcla un minuto en tus negocios quedarás para siempre perdido, miserable.

Después, llamando de nuevo:

— ¿Está dispuesto el coche? preguntó al ujier.

— Hace diez minutos que espera.

Mr. Jackal echó una mirada sobre sí mismo; estaba vestido de completa etiqueta: frac negro, pantalón negro, zapato de charol, chaleco y corbata blancos.

Sonrió con aire satisfecho, se metió un gran sobretodo, bajó con su paso habitual, subió al coche, y dijo: Á casa del ministro de justicia.

Pero, deteniéndose al minuto, exclamó:

— ¿Qué digo? Hay gran recepción en Saint-Cloud; los ministros estarán allí hasta las dos de la mañana, y pasando la cabeza por la ventanilla:

— Á Saint-Cloud, cochero, gritó.

Luego hablando consigo mismo y acomodándose en un rincón lo mejor que pudo:

— Á fe mía, dijo, ¡qué bien cae este viaje! voy á dormir por el camino.

El coche partió arrastrado por dos caballos que caminaban al trote largo, y Mr. Jackal, que parecía dominar al sueño, estaba profundamente dormido antes de llegar al Louvre.

Pero al pasar por Cours-la-Reine fué despertado de la manera más inesperada.

El coche estaba parado; dos hombres subidos sobre los estribos aplicaban por cada portezuela una pistola sobre el pecho de Mr. Jackal, mientras que otros dos aseguraban al cochero.

Los cuatro hombres estaban enmascarados. Mr. Jackal despertó sobresaltado.

— Heim, ¿qué pasa? ¿qué me quieren?

— Ni una palabra, ni un gesto, ó sois muerto, le dijo uno de los dos hombres.

— ¡Cómo! exclamó Mr. Jackal, le asaltan á uno á medianoche en los Campos Eliseos, ¿quién es el que aquí tiene á su cargo la policía?

— Vos, Mr. Jackal, pero tranquilizaos; no es culpa vuestra. No somos ladrones.

— ¿Pues qué sois entonces?

— Enemigos que hemos sacrificado nuestra vida y tenemos la vuestra en nuestras manos; por lo mismo, ni un gesto, ni una palabra, ni un soplo, ó sois muerto, os lo repito.

Mr. Jackal estaba cogido y no sabía por quién; ningún socorro podía esperar, y se resignó.

— Haced de mi lo que queráis, señores, les dijo.

Uno de los hombres le vendó los ojos con un pañuelo, mientras otro continuaba tocándole con el cañón de una pistola en el pecho.

Otro tanto hacían los otros dos con el cochero.

Una vez que éste y Mr. Jackal tuvieron los ojos vendados, uno de los cuatro entró en el coche, el segundo se sentó en el pescante al lado del cochero, al cual quitó las riendas; los otros dos subieron á la trasera.

— Adonde sabéis, dijo con acento de mando el que ocupaba el interior del coche.

El coche giró sobre sí mismo, y los caballos, irritados por un vigoroso latigazo, lo arrancaron al galope.

CAPÍTULO XV.

IMPRESIONES DE VIAJE DE MR. JACKAL.

Uno de los cuatro enmascarados, el que se había sentado al lado del cochero, era indudablemente un hombre hábil en su oficio, porque el coche, aunque caminaba á todo correr, había dado en diez minutos tantas vueltas y medias vueltas, que Mr. Jackal, pese á su perspicacia y á su profundo conocimiento del terreno, comenzaba á perder la brújula y á confundir sus ideas sobre el punto adonde le podrían conducir.

El coche, en efecto, después de girar sobre sí mismo, había seguido el camino comprendido entre el Cours-la-Reine y el muelle de la Conferencia; después, girando á la izquierda, había vuelto á encontrarse en su puesto de partida, para recomenzar el mismo juego, atravesando luego el puente de Luis XV.

En el ruido sonoro que entonces hicieron las ruedas, conoció Mr. Jackal que pasaba por un puente.

El coche dió media vuelta á la izquierda, y siguió el muelle d'Orsay.

Allí volvió á encontrarse orientado Mr. Jackal. Adivinó que caminaba á lo largo del río en las frescas emanaciones que llegaban hasta él.

Cuando el coche giró á la derecha, adivinó también que entraba en la calle del Bac, y cuando giró nuevamente en la misma dirección, M. Jackal no dudó ya de que le llevaban por la calle de la Universidad.

En la calle de Bellechasse, el coche volvió á subir; después entró por la calle de Grenelle, volvió á bajar hacia la calle de la Universidad y siguió ya todo derecho.

Mr. Jackal comenzaba otra vez á confundirse entre tantas vueltas y revueltas.

Pero al llegar al baluarte de los Inválidos, volvió á recibir las mismas emanaciones que en la orilla del Sena; aquellas emanaciones provenían de los árboles cargados de rocío. Mr. Jackal se dijo á sí propio que ó había vuelto á la orilla del río ó caminaba por algún baluarte.

Y como el coche rodó algunos instantes sobre tierra en lugar de rodar sobre el empedrado, Mr. Jackal se decidió á creer que estaba en un baluarte.

El coche caminaba entonces con una velocidad que habría salvado cuatro leguas en una hora.

Pero al llegar á la altura de la calle de Vaugirard, el coche se detuvo.

— ¿ Hemos llegado? preguntó Mr. Jackal, que hallaba el viaje algo largo.

— No, respondió lacónicamente su vecino.

— Y, sin que esto sea indiscreción, preguntó nuevamente Mr. Jackal, ¿ nos queda que hacer para mucho rato?

— Si, respondió el personaje con un laconismo que le

hubiera envidiado el más lacónico de los espartanos.

— Entonces, dijo Mr. Jackal, ó por necesidad verdadera ó porque sintiera deseos de hacer hablar á su compañero y reconocer en su voz y en su modo de expresarse con qué gentes tenía que habérselas, ¿ entonces tendréis á bien permitirme, caballero, que tome un polvo?

— Con mucho gusto, caballero, dijo el vecino de Mr. Jackal; pero antes me permitiréis reclamaros las armas que lleváis en el bolsillo derecho de vuestro paletó.

— ¡ Ah! ¡ ah!

— Sí, un par de cachorrillos y un puñal.

— Caballero, aunque hubierais registrado mis bolsillos, no conoceriais mejor su contenido; ahora dejadme libre una manó y os entregaré esos tres objetos.

— Es inútil: si lo tenéis á bien voy á cogerlos yo mismo. No os los he cogido antes, porque os había dicho que al primer movimiento que hicierais os mataría, y deseaba ver el caso que haciais de mis palabras.

El desconocido registró en los bolsillos de Mr. Jackal, y sacó las tres armas que puso en los bolsillos de su levita.

— Y ahora, le dijo á Mr. Jackal, tenéis las manos; pero creedme, empleadlas con prudencia.

— Os doy gracias por vuestra cortesía, dijo Mr. Jackal con la más exquisita flaura, y creed también que si se me presenta una ocasión semejante de haceros un favor parecido, no olvidaré la pequeña satisfacción que me habéis dado.

— No se presentará esa ocasión, y por lo mismo la esperaréis en vano, dijo el desconocido.

Mr. Jackal, que estaba á punto de absorber su polvo, se paró al oír aquellas palabras que tan completamente cortaban la cuestión.

— ¡ Diablo, diablo ! murmuró ligeramente afectado, ¿ si irá la broma más allá de lo que supongo ? Veamos quién es el que ha podido hacerme á mi esta partida. No sé que tenga un solo enemigo en el mundo, si no se halla entre mis subordinados ; ¿ y quién es entre mis subordinados el que osaría arriesgarse á semejante juego ? Todos esos hombres fuertes y atrevidos en conjunto y bajo la mirada del amo, son brutos y cobardes cuando obran aisladamente. No hay más que dos hombres en Francia capaces de habérselas conmigo : Salvador y el prefecto de policía. Ahora bien, el prefecto de policía me necesita mucho en todas épocas, y principalmente en la de las elecciones, para mandarme inútilmente á medir los caminos desde las doce hasta la una de la madrugada ; no siendo, pues, el prefecto de policía es indudablemente Salvador. ¡ Miserable Gerard !

Él es quien me ha metido en este lío : su cobardía, su miedo, su torpeza es lo que me tiene así ; si salgo de ésta me las ha de pagar caras ; así se hallara en el Monomotapa, le he de hacer volver y me las he de cobrar. Pero ¿ qué proyecto será el que abriga Salvador ? ¿ En qué puedo ayudarle á salvar á Mr. Sarrantí mi rapto y mi desaparición ? Porque indudablemente es el objeto que se propone al hacerme pasear llevado por sus amigos y en esta hora inusitada... á menos que... pues es claro ; esto es ; qué tonto soy... á menos que preveyendo que le prendería, dijera á sus amigos : si á tal hora no me veis salir, es que estoy preso, y en tal caso, amparaos de Mr. Jackal, que responderá de mí con su cabeza. Pues eso es ; ya estoy en el quid.

Y Mr. Jackal quedó tan contento de sí mismo, que se frotó las manos como si hubiera estado en su gabinete ;

como si acabara de obtener con su tino habitual una investigación felicísima.

Era un verdadero artista el tal Mr. Jackal.

Seguía, pues, frotándose las manos, cuando cayó sobre la vaca del coche un cuerpo pesado, produciendo al caer un ruido que estremeció á Mr. Jackal.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¿ qué es esto ? preguntó á su vecino.

— Nada, respondió el aludido con su ordinario laconismo.

Y efectivamente, como si el peso que acababan de echar sobre el carruaje estuviera destinado, contra todas las leyes de la dinámica, á hacer más ligero aquel vehículo, el coche partió con una rapidez, que Mr. Jackal hubiera debido comparar á la de los caminos de hierro, si los caminos de hierro hubieran existido.

— ¡ Qué cosa tan extraña ! murmuró Mr. Jackal, aspirando sucesivamente dos enormes polvos de tabaco ; un coche, cargado con un peso considerable ; á juzgar por su paso y por su ruido, corre ahora más aprisa que antes de estar cargado ; por una parte, una frescura que parece llegar del Sena ; y por la otra, un rodar tan suave, que parece que el coche camina sobre césped.

— Esto es extrañísimo, volvió luego á decir. Es evidente que caminamos por campo raso, pero ¿ de qué parte ? Al Norte, al Sur, al Este ó al Oeste ?

La esperanza de vengarse de este rapto tomaba tales proporciones en Mr. Jackal, que le interesaba más en aquel momento, mil veces más el sitio por donde iba, que el resultado final de su viaje. Y al llegar á aquel estado de excitación, fué tal la curiosidad que le acometió, que olvidando la recomendación de su compañero de viaje, levantó la mano derecha hasta el nivel del pañuelo que vendaba sus ojos ; pero al ruido que hizo al armarse la pistola de su

vecino, que no dejaba de mirarle, Mr. Jackal bajó rápidamente el brazo, y sin parecer haber oído el tris-tras de la batería, exclamó con la mayor naturalidad :

— Caballero, un nuevo favor; estoy ahogándome en toda la extensión de la palabra. ¡ Aire libre, por Dios !

— Es lo más fácil, dijo el desconocido abriendo la ventana que estaba á su derecha; sólo por consideración hacia vos y por miedo á las corrientes de aire, no se había abierto más que una ventanilla.

— Sois demasiado bueno, caballero, se apresuró á decir Mr. Jackal que no notaba, en efecto, que iba estableciéndose de repente una corriente demasiado violenta, y en cuanto pueda perjudicaros ligeramente ese aire etuya violencia reconozco, en cuanto pueda perjudicaros ó solamente desagradaros, os suplico que consideréis mi petición como retirada.

— De ningún modo, respondió el desconocido; habéis deseado que se abriera esa ventanilla, y abierta quedará.

— Mil gracias, replicó Mr. Jackal sin tratar de alimentar una conversación que su compañero sostenía indudablemente con disgusto. Y se sumergió en sus meditaciones.

— Sí, se decía á sí mismo, el golpe me viene de Salvador y cometería una estupidez al dudarle; los hombres con quienes me las estoy habiendo no son hombres comunes; se expresan con mucha conveniencia aunque con algo de brevedad; son muy corteses en las formas, y á lo que parece muy resueltos en el fondo, lo cual no pueden decir todos los cristianos que yo conozco. El raptó llega pues de parte de Salvador, que calcularia, según ya he supuesto, que yo le había de prender. Qué desgracia que un hombre tan hábil sea tan recto; ese maldito conoce todo París, ¡ qué digo todo París! toda la Francia, sin

hablar ahora de los carbonarios de Italia, y de los iluminados de Alemania. ¡ Diablo de hombre! Debi tratarle con más dulzura; bien me lo advirtió él antes de marcharse. *Ya sabéis lo que le sucedería al hombre que me mandara prender.* Estaba prevenido, nada tengo que decir. ¡ Condenado Salvador! ¡ Maldito Gerard!

De repente Mr. Jackal exhaló una exclamación. Era una idea que le ocurría, y que á pesar de su poder sobre sí mismo no había podido contener en su cerebro.

— ¡ Ah! ¡ ah! dijo.

— ¿ Qué pasa todavía? preguntó su vecino.

— Caballero, le contestó, es un negocio muy importante que me ocurre; no desearéis, en verdad, que el paseo que me hacéis dar fuera desagradable para una tercera persona. Imaginaos, pues, que en el momento de mi partida acababa de mandar detener preventivamente y por mera precaución á un excelente joven, que esperaba poner en libertad á las dos horas, es decir, al volver de Saint-Cloud, porque á Saint-Cloud me dirigia, cuando me hicisteis el favor de cambiar mi dirección. Ahora bien, nada malo le sucederá con tal que de aquí á una hora me halle yo de vuelta en la prefectura de policía. ¿ Me hallaré yo de aquí á una hora en la prefectura de policía?

— No, respondió con su consabido laconismo el compañero.

— Pues bien, ya comprendéis que mi viaje puede traer graves inconvenientes: el de conservar preso más tiempo del que yo quisiera á un verdadero inocente. Permitidme, pues, que escriba ante vuestra vista una orden que llevará mi cochero, á fin de que inmediatamente pongan en libertad á Mr. Salvador.

Mr. Jackal, al colocar al final de su frase el nombre de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

nuestro amigo, había calculado el efecto, como se dice en términos teatrales. Comprendió que había ganado algo al notar un movimiento de su vecino.

— Stop, gritó éste al que hacía las funciones de cochero. El coche se paró repentinamente.

— Todo esto será sencillísimo, dijo confiadamente Mr. Jackal; voy á escribir al reflejo de la luna algunas palabras en mi libro de memoria.

Y como si estuviera ya bastante autorizado, Mr. Jackal llevaba la mano al pañuelo que vendaba sus ojos, cuando su vecino detuvo la mano atrevida.

— Nada de iniciativa, caballero, le dijo. Nosotros, y no vos, somos los que hemos de arreglar la manera de hacer las cosas.

Y volviendo á cerrar las ventanillas, el desconocido echó con el mayor cuidado las cortinas de seda encarnada, cuyo objeto era ocultar al exterior la vista del interior y viceversa. Después sacó de su bolsillo una linterna de mano, que encendió con eslabón y pajueta fosfórica.

Mr. Jackal oyó el chisporroteo de la pajueta que se encendía, y sintió el acre olor del fósforo que se mezclaba con el aire resfriable.

— Decididamente, se dijo á sí mismo, camino con gentes que no quieren que estudie el paisaje, y con gentes de primer orden. Hay cierto placer en tratar con estos hombres.

— Caballero, le dijo su vecino; ya podéis quitaros la venda.

Mr. Jackal no esperó á que se lo dijeran dos veces, y con lentitud, como quien no tiene ninguna prisa, levantó el obstáculo que por algunos momentos le había hecho ciego como el amor y la fortuna.

Hallábase en un cajón herméticamente cerrado. Com-

prendió que no había que pensar en descubrir el exterior por ningún resquicio, y resignándose inmediatamente como todos los hombres resueltos, sacó de su bolsillo su agenda, sobre la cual escribió:

« Orden á Mr. Kanler, situado permanente en la sala de San Martín, de poner inmediatamente en libertad á Mr. Salvador. »

Puso la fecha y firmó.

Ahora, dijo después, si queréis entregar esta orden á mi cochero, es un hombre excelente, acostumbrado á mis actos filantrópicos, y que no se retrasará ni un solo instante en una comisión mía.

— Caballero, respondió con su habitual finura el vecino de Mr. Jackal; nos permitiréis que reservemos para otra ocasión los servicios de vuestro cochero; tenemos para este género de comisiones personas que valen por todos los cocheros del mundo.

El desconocido apagó la linterna, volvió á colocar con la mayor destreza el pañuelo sobre los ojos de Mr. Jackal, le ordenó que permaneciera más inmóvil que nunca, abrió una de las portezuelas y llamó.

Sólo que el nombre que pronunció el desconocido no tenía ninguna analogía con los nombres ordinarios.

Mr. Jackal sintió que se bajaba de su puesto uno de los dos hombres colocados en la trasera, oyó unos pasos que se acercaban á la portezuela abierta, y un diálogo que comenzaba después en una lengua dulce, armoniosa, eufónica, pero que á pesar de su conocimiento en todos los idiomas del mundo, le era totalmente desconocida, terminándose aquella conversación con la entrega de la orden escrita por Mr. Jackal, por la clausura de la portezuela, y por estas dos palabras inglesas:

— *All right*; que significan solamente; todo va bien; adelante.

Y convencido de que todo iba bien, según lo aseguraba el hombre del interior, el cochero con un latigazo hizo que los caballos volvieran á un galope.

No hacia más que diez minutos que rodaba el carruaje, cuando vino un nuevo peso á aumentar su carga, haciéndole vacilar de un modo muy singular; es decir, que Mr. Jackal con la finura de sentidos que le era peculiar, reconoció en el sonido que hizo aquel peso al caer sobre la vaca, que el fardo que allí acababan de depositar era largo, y no corto como el primero, notando además ruido de madera.

El primer lío, dijo para sí Mr. Jackal, tenía todas las trazas de ser una soga enrollada, y esta segunda carga es á mi ver una escalera de mano; habremos pues de subir y bajar: de seguro tengo que habérmelas con gentes precavidas.

En esto el coche, contra todas las reglas de la dinámica y como la vez primera que echó á andar, pareció que aumentaba su movimiento.

Hé aquí unos calaveras, imaginó Mr. Jackal, que han sin duda descubierto una nueva fuerza motriz para no detener un momento á los viajeros, con cuya invención podían hacer fortuna. ¿Mas qué demonio de lengua es la que siempre habla mi vecino? Porque ni es inglesa, ni italiana, ni española, ni alemana, ni húngara, ni polaca, ni rusa; como que en las lenguas slavas entran más consonantes de las que yo le oigo en sus palabras. Pues tampoco es lenguaje árabe, porque en él hay ciertos sonidos guturales que á mi no se me hubieran escapado al oído. Por precisión debe ser tal idioma ó turco, ó persa ó

del Indostán, y me inclino á creer que sea del Indostán. Y mientras Mr. Jackal se inclinaba de esa manera hacia el Indostán, el coche paró por segunda vez.

CAPÍTULO XVI.

DE CÓMO MR. JACKAL SUBE Y BAJA SEGÚN LO HABÍA PREVISTO.

Al sentir pararse el coche Mr. Jackal, que comenzaba á familiarizarse con sus raptores, se aventuró á preguntarles:

— ¿Tendremos acaso que tomar aquí á alguno?

— No, respondió la voz lacónica; tenemos que dejar uno.

Y con efecto, después de haber oído Mr. Jackal cierto ruido en el pescante, sintió abrir bruscamente el coche por su lado.

— Vuestra mano, dijo la voz de uno de los tres hombres restantes, pero que no era ni la del que hacia de cochero ni del que junto á él estaba.

— Mi mano, ¿para qué? preguntó Mr. Jackal.

— No es la vuestra la que pedimos sino la de vuestro imbécil cochero que, á punto de separarse de vos para no volver á veros quizás nunca, viene á despedirse.

— ¡Cómo! ¡infeliz! exclamó Mr. Jackal, ¿va á sucederle alguna desgracia?

— ¿Á él? ¿Qué desgracia queréis que le suceda? Nada de eso; va á ser conducido bien bonitamente hasta cierto sitio convenido, donde se le autorizará para que se quite la venda de los ojos.

— Pues entonces, ¿qué significa lo que me decís á cada paso, que no volverá á verme quizá jamás?

— Eso quiere decir que no es absolutamente necesario que á él le suceda una desgracia, para no volver á veros.

— ¡ Ah ! efectivamente, dijo Mr. Jackal, como somos dos...

— Justo. La desgracia sólo á vos puede alcanzar.

— ¡ Hola ! murmuró Mr. Jackal ; ¿ y es preciso que este mozo me deje ?

— Preciso.

— Sin embargo, si me fuera permitido manifestar un deseo, sería el de conservarle á mi lado, cualquiera que sea el resultado de todo esto.

— Caballero, contestó el desconocido, para una persona como vos no es cosa del otro jueves el decirle que cualquiera que sea el resultado de todo esto, y recalco estas últimas palabras, ninguna necesidad tenemos nosotros de testigos.

Tales palabras, y más el tono en que fueron pronunciadas, estremecieron á Mr. Jackal. Para los sucesos funestos es para lo que se procura que no haya testigos. ¿ Cuántos reos temibles había visto él decapitar de noche, fuera de la estacada, en el foso, tras de una tapia, en el rincón de un bosque, sin testigo alguno !

— Vamos pues, dijo, ya que es absolutamente preciso separarnos, hé aquí mi mano, pobre mozo.

El cochero tomó la mano de Mr. Jackal, y al besársela le dijo :

— ¿ Será una indiscreción recordar á mi señor que mañana cumplo el mes ?

— ¡ Ah ! ; buena pieza ! contestó Mr. Jackal, eso es todo lo que en este momento te preocupa. Permitidme, caba-

llero, desvendarme para pagarle su salario hasta el último maravedí.

— Es inútil, caballero, dijo el desconocido ; voy yo á pagárselo.

— Toma, dirigiéndose al cochero, ahí tienes cinco luises por tu salario de un mes.

— Señor, dijo el cochero ; ¡ si sobran treinta francos !

— Bébetelos á la salud de tu amo, contestó una voz burlona que Mr. Jackal reconoció ser la del que ya una vez le había dirigido la palabra.

— Vamos, basta ya, dijo el vecino de Mr. Jackal ; cerrad esta portezuela y continuemos nuestro viaje.

Así se hizo, y el coche tomó el trote acelerado de siempre.

No nos detendremos á puntualizar una por una las emociones de Mr. Jackal en este viaje nocturno. Desde el instante en que hablamos, cualquiera pregunta que dirigía á su compañero de marcha era contestada con un laconismo tan tremendo, que prefirió guardar silencio asaltándole en medio de él mil fantasmas á su imaginación, en términos que cuanto más corría el coche, en mayor grado se aumentaban sus recelos, resultando de esto que pasando del sobresalto al miedo, del miedo al pavor, del pavor al espanto, se convirtió el espanto en terror cuando al cabo de media hora de una carrera á rienda suelta oyó decir á su compañero :

Ya hemos llegado.

Se detuvo con efecto el coche, pero con gran sorpresa de Mr. Jackal no abrían la portezuela.

— ¿ No deciais, caballero, que ya habíamos llegado ? se arriesgó á preguntarle Mr. Jackal á su vecino.

— Sí, respondió éste.

— Pues entonces, ¿por qué no nos desmontamos?

— Porque no es todavía tiempo de verificarlo.

Sintió entonces bajar la segunda carga que habían colocado en el coche, y al oír un rozamiento prolongado á lo largo de la cubierta del carruaje, se confirmó en la idea de que debía ser una escalera de mano.

Era en efecto una escalera que el hombre que había reemplazado al cochero acababa de poner derecha junto á la pared de una casa.

La escalera llegaba justamente hasta una ventana del primer piso.

Arrimada la escalera, el que había ejecutado esta maniobra abrió la portezuela del coche, diciendo en alemán:

— Está corriente.

— Bajad, caballero, dijo el compañero de asiento de Mr. Jackal, pues que os dan la mano.

Mr. Jackal bajó sin objeción, mejor dicho sin reflexión.

El cochero postizo le cogió de la mano, le sostuvo mientras bajaba del estribo y le condujo á dos pasos de la escalera de mano.

El vecino de Mr. Jackal había bajado después de él siguiéndole por detrás; y para que no se creyese solo, le plantó la mano sobre la espalda.

El otro se hallaba ya en lo alto de la escalera, y con un diamante cortaba un vidrio de los cristales de la ventana á la altura de la falleba, hecho lo cual metió el brazo por el panal roto y abrió la ventana, dirigiendo una seña al compañero que había quedado abajo.

— Tenéis delante una escalera, dijo éste; subid por ella.

Mr. Jackal no aguardó á que se lo dijera dos veces, y

levantando el pie conoció que lo colocaba sobre el primer escalón.

— Sois muerto en el acto, continuó el mismo, si dais el menor grito.

Mr. Jackal hizo con la cabeza una seña de que lo comprendía, diciéndose á si mismo:

— ¡Vaya! mi suerte va á decidirse, pues que está ya próximo el desenlace.

Prevenido de que subiese los escalones en silencio y con exactitud, lo hizo á las mil maravillas como si en pleno día hubiera tenido los ojos descubiertos, pues tan familiarizado estaba con los escalamientos.

Llegado á lo alto de la escala después de haber contado diez y siete escalones, fué recibido por el sujeto que había abierto la ventana, el cual, tomándole el brazo con galantería, le dijo:

— Pasad.

Mr. Jackal, con una docilidad á toda prueba, pasó; y tras de él hizo otro tanto el sujeto que le seguía. Entonces el que les había precedido, sin más objeto, á no dudarlo, que el de abrirles camino y facilitar á Mr. Jackal el escalamiento forzoso, volvió á bajar, volvió á colocar la escalera de mano sobre la cubierta del coche, que Mr. Jackal cada vez más aterrado oyó que marchaba á todo galope.

— Héteme encerrado, decía para si, solo, ¿dónde y en qué punto? Por lo menos no es de seguro una cueva, pues que he tenido que subir diez y siete escalones: mi situación se complica cada vez más.

Y dirigiéndose á su compañero, le dijo:

— ¿Seré indiscreto en preguntaros si llegamos ya al término de nuestro pequeño paseo?

— No, respondió una voz que él reconoció ser la de su

vecino de la derecha, el cual parecía estar decidido á no dejar de ser constantemente su guardia de corps.

— ¿ Nos resta todavía mucho camino ?

— Dentro de tres cuartos de hora poco más ó menos habremos llegado.

— ¿ Vamos á subir de nuevo al coche ?

— No.

— ¿ Luego se trata de un paseo á pie ?

— Justamente.

— ¡ Ah ! ; ah ! recapacitó Mr. Jackal ; esto aparece menos claro, mucho menos claro que nunca. Tres cuartos de hora de paseo á pie en una casa y en su primer piso, por grande y pintoresco que sea el edificio, un paseo de tres cuartos de hora en él, debe resultar monótono por precisión. Todo esto es cada vez más extraño : ¿ en qué vendrá á parar ello ?

Al decir esto Mr. Jackal, vió como una luz á través del pañuelo que le vendaba los ojos, lo cual le hizo creer que su compañero había vuelto á encender su linterna.

Sintió después que le cogían del brazo.

— Venid, le dijo su guía.

— ¿ Adónde vamos ? preguntó Mr. Jackal.

— Sois demasiado curioso, respondió el guía.

— Sea ; me expreso mal, respondió el jefe de policía ; yo quería decir : ¿ cómo vamos ?

— Hablad más bajo, caballero, respondió la voz.

— ¡ Hola ! ; hola ! parece que estamos en una casa habitada, dijo para sí.

De seguida añadió en el mismo tono que su interlocutor, esto es, más bajo según que se le había prevenido :

— He querido preguntaros, caballero, cómo vamos, es decir, sobre qué terreno hemos de andar, si tenemos que subir más, ó si hemos de bajar.

— Vamos á bajar.

— Corriente ; sólo trato de que nos entendamos : bajemos.

Se esforzaba Mr. Jackal en tomar un tono festivo por aparentar presencia de ánimo, pero en su interior, de todo había menos tranquilidad, y sus pulsaciones eran demasiado frecuentes trayendo á la memoria, en medio de la obscuridad que por todas partes le rodeaba, los viajeros que van libremente á la luz de los serenos resplandores de la luna, *per amica silentia lunæ*, como dice Virgilio. Mas esta vuelta á la melancolía fué muy pasajera, tanto más cuanto que un hecho nuevo vino á sacarle de sus meditaciones, pues que no sólo le pareció oír pasos cerca de sí, mas también percibió que su guía cambiaba algunas palabras con un recién llegado.

Este, á quien sin duda aguardaban para que los guiase en el laberinto en que iban á penetrar, abrió una puerta y bajó las primeras gradas de una escalera, confirmando esta idea al oír Mr. Jackal á su compañero :

— Tomad el pasamano, caballero.

Mr. Jackal, asido al pasamano, comenzó á bajar, y así como al subir contó los escalones, también al bajar tuvo cuidado de llevar en cuenta las gradas, que fueron cuarenta y tres, al cabo de las cuales se llegaba á un patio empedrado en que había un pozo.

El hombre de la linterna se dirigia hacia el pozo, y le seguía el compañero de Mr. Jackal conduciendo á éste.

Llegados al brocal del pozo, inclinando la cabeza abajo el de la linterna, grito :

— ¿ Estáis ahí abajo ?

— Si, respondió una voz que hizo temblar de pies á cabeza á Mr. Jackal, por parecerle que salía de los profundos abismos.

El de la linterna dejó entonces su luz sobre el brocal, y se puso á tirar de la cuerda del pozo como el que saca un cubo de agua, con la diferencia de que en lugar de éste, había que sacar un cesto capaz de una y en rigor de dos personas; pero por suave que hubiera sido el movimiento, la polea, que sin duda hacia tiempo no había sido untada de sebo, daba tales chirridos, que traspasados los oídos de Mr. Jackal sudaba y trasudaba sin poder contener tales emociones, y sin que tuviera tiempo para ello aun cuando lo hubiera deseado, pues apenas sacaron el cesto y lo colocaron en tierra, se encontró metido en él Mr. Jackal, levantado del suelo, balanceado en el aire, é introducido por último en el brocal del pozo, y todo en un abrir y cerrar de ojos, y con tal destreza y agilidad que desde luego se le hubiera hecho creer que se las había con mineros.

En tal apuro, Mr. Jackal no pudo reprimir un quejido en son de lamento.

— ¡ Desgraciado de ti si gritas ! le dijo la voz bien conocida de su compañero ; te dejo caer.

Tal advertencia aterró á Mr. Jackal, dejándole mudo al mismo tiempo.

Interiormente iba diciendo según iba bajando :

— Si la intención de estos fuese arrojarme al pozo, no se tomarían el trabajo de amenazarme con ello, ni me harían bajar en un cesto ; pero ¿ adónde diablo me llevan por un camino tan fuera de camino ? en el fondo de un pozo puede haber más que agua ?...

Illuminado de repente por el recuerdo de su bajada al Puits-qui-parle (pozo que habla), exclamó :

— No, no : me equivoqué en decir que no hay más que agua en el fondo de los pozos, pues suele haber también subterráneos vastos é historiados que se llaman catacumbas. No

hay duda que su objeto es descaminarme, y con este fin me han hecho dar tantas vueltas y revueltas. Si no quieren más que descaminarme, no corre peligro mi vida, porque no hay necesidad de descaminar á quien se va á matar, como no descaminaron ni á Bruno, ni á Ney, ni á los cuatro sargentos de la Rochelle. Lo que hay de más positivo en este negocio es que yo estoy en manos de los carbonarios. ¿ Mas con qué designio me habrán éstos arrebatado ? ¡ Ah ! ¡ el arresto de Salvador ! ¡ siempre lo mismo ! ¡ diablo de Salvador ! ¡ Maldito Mr. Gerard !

Durante su soliloquio y reflexiones, acurrucado en el cesto y asidas fuertemente entrambas manos á la soga, bajaba Mr. Jackal llegando ya al fondo del pozo, al mismo tiempo que á su pretil ó boca llegaba subiendo otro cesto lleno de piedras iguales en peso al de su cuerpo, y manejado por los que habían quedado arriba en el patio.

Al instante los de arriba dieron un grito, al que contestaron los de abajo, casi al oído de Mr. Jackal, en estos términos :

Los de arriba dijeron :

— ¿ Le tenéis ya ?

Y los de abajo contestaron :

— Sí. Ya le tenemos.

Con efecto : Mr. Jackal acababa de llegar á tierra.

Le hicieron salir de su cesto, el cual subió y volvió á bajar dos veces, llevando cada vez que bajaba á Mr. Jackal uno de sus centinelas de vista.